

sobre los cadáveres de los Hohenstaufen, dan ganas de maldecir á los adversarios de Federico. Gregorio IX é Inocencio IV no están á la altura de los papas cuyos nombres llevan; aspirando el papado á la dominacion del mundo, sufre las consecuencias fatales de su ambicion; arrastrado por las pasiones humanas, no tiene de grande más que la enormidad de sus pretensiones. Sin embargo, aun cuando la historia deba reprobar los sentimientos de odio de los vicarios de Cristo, aun cuando deba derramar una lágrima sobre las tumbas de Conradino y Manfredo, no puede sentir la caída de los Hohenstaufen. La Providencia misma prestó su apoyo para acelerar su ruina; arrebató á los hijos de Federico II en la flor de su edad, como había arrebatado al hijo de Federico Barbaroja. Si la ambicion de los Hohenstaufen hubiera podido realizarse, habría acabado la civilizacion cristiana. Se ha acusado á Federico II de hereje; era peor que hereje; apenas se puede decir que fuera cristiano; era tolerante en una edad en que la intolerancia era lo esencial para el creyente, y no había más que un paso de la tolerancia desdenosa á la indiferencia y á la incredulidad; se decía que el emperador equiparaba la fe de Mahoma y la de Cristo; se decía que veía un impostor afortunado en Aquel á quien los fieles adoraban como el Hijo de Dios. Así pues, el jefe temporal de la cristiandad, el defensor de la Iglesia católica, negaba la revelacion! Federico se anticipaba muchos siglos á su tiempo; la Edad Media no necesitaba un librepensador ni un amigo de los Sarracenos, sino una educacion cristiana; esta educacion no podía recibirla más que de una Iglesia libre, independiente, y la libertad de la Iglesia estaba ligada á la libertad del papado; pero ¿cómo hubiera permanecido libre el pontificado si los Hohenstaufen hubieran llegado á consolidar su dominacion desde el Rhin y el Ródano hasta la Sicilia? Los papas hubieran descendido á la categoria de patriarcas, y la Europa germánica habría corrido pareja con el Bajo Imperio.

Era tan funesta á la humanidad la ambicion temporal de los Hohenstaufen como su oposicion contra la Iglesia. Con todas sus brillantes cualidades, Federico II no hizo la felicidad de sus súbditos. Los historiadores alemanes le censuran amargamente el abandono de la Alemania (1), y los

(1) LUDEN, *Historia de los Alemanes*, lib. 26. c. 1.

Italianos, salvo algunos años raros de paz, no han conocido al gran emperador más que por los males de la guerra y la opresion del fisco (1). Empleó un largo reinado en perseguir un fin imposible, el establecimiento de una monarquía universal. La falsa ambicion del imperio conducía á Federico II por los más falsos senderos; reprimió el espíritu de libertad que agitaba las ciudades de Italia y Alemania, y favoreció los privilegios de la nobleza feudal (2); la absorcion de las nacionalidades, la destruccion de la libertad en su primer germen, y con esto un cristianismo impotente, fué lo que la dominacion de los Hohenstaufen preparaba á la Europa.

Hoy, que el imperio ha caído y con él todas las tentativas de monarquía universal; hoy, que no creemos en la posibilidad de una dominacion semejante, nos es difícil comprender los peligros que amenazaron al porvenir de la humanidad en la Edad Media. Es verdad que la raza germánica no tenía el genio de la unidad; pero tenía la fuerza de las armas. Si los emperadores hubieran llegado á subordinar al pontificado, ¿quién puede prever las funestas consecuencias de esta concentracion de los poderes espiritual y temporal en una sola mano? Añádase á esto el genio de los Hohenstaufen, la creencia de que los emperadores eran los legítimos herederos de los Césares y la ambicion que iba anexa al título del jefe temporal de la cristiandad; había con ello indudablemente elementos para una dominacion que hubiera podido detener el desarrollo de las nacionalidades y comprometer el porvenir de la civilizacion. Los papas han salvado de este peligro al mundo occidental; es preciso acordarse del abismo á que condujo el imperio romano á las naciones europeas para apreciar la importancia del servicio que la Roma cristiana prestó á la humanidad, preservándola de la muerte más vergonzosa, de la podredumbre moral (3).

(1) Un legista italiano dice que Federico ha merecido el infierno por su tiranía: «Per quod videtur ille Fredericus quiescere in pace, et non in pace.» ANDREAS ISERN., *Commentar.*, libro 1, título VII.

(2) *Advers. Rebeldes Italiae*, en BALUZE, *Miscell.*, t. I, p. 452. «Productam jam ad alias regiones libertatis invidiosae propagationem nitimur supplantare.»—C. *Confederatio cum princip. ecclesiasticis*, a. 1220 (PERTZ, *Leg.*, II, 236); *Statutum in favorem principum*, a. 1231 (PERTZ, *ib.*, 282, 291 y sig.).—Los decretos dados por la dieta de Rávena disuelven todos los municipios y todas las asociaciones formadas sin el consentimiento de los obispos (PERTZ, *Leg.*, II, p. 286).

(3) J. VON MÜLLER, *Reisen der Päpste*.

## § II.—Federico II.

### N.º 1.—Federico II y Gregorio IX.

#### I.

Apénas subió Gregorio IX al trono pontifical, lanzó la excomunion contra Federico; y á partir de este momento, la lucha fué permanente, las reconciliaciones pasajeras no son más que treguas. ¿Por qué tan súbita animosidad contra el emperador? ¿Ha destituido Federico al vicario de Cristo como Enrique IV? ¿Ha nombrado un papa por su eleccion como Barbaroja? El jóven príncipe ha heredado de la sangre normanda bastante flexibilidad y astucia para chocar de frente con el terrible poder que domina las almas. El papa es el que ataca; Federico había abrazado la cruz desde su advenimiento al trono; al recibir la corona imperial, renovó su voto y se sometió á la excomunion si en un término dado no partía para la Tierra Santa. Tres veces se prorogó este plazo; se reúne por fin el ejército de los cruzados; se embarca el emperador, pero se vuelve atrás, alegando como causa su enfermedad. Gregorio le echa en cara amargamente su ingratitud: «La Iglesia le ha recibido, por decirlo así, del seno de su madre; le ha amamantado en sus pechos y llevado en sus brazos; le ha arrancado de manos de aquellos que querían atentar á su vida; le ha conducido, á fuerza de cuidados y penas, hasta la edad de hombre; le ha investido con la dignidad real, y, por último, para colmarle de beneficios, le ha conferido el magnífico título de emperador, esperando encontrar en él un defensor y un apóyo. ¿Cómo ha respondido Federico á estos favores? Engañando á la santa sede con sus falsas promesas. Si ha fracasado la cruzada tan penosamente preparada, ha sido por la mala voluntad del emperador...» Para no parecerse á un perro mudo que no puede ladrar, Gregorio declaró á Federico excomulgado, prohibiendo á todos los fieles tener el menor comercio con él (1).

Un cronista contemporáneo, el abate de *Ursperg*, dice que Gregorio excomulgó á Federico por or-

(1) MATTH. PARIS, *ad a.* 1268, p. 291-294.—MANSI, tomo XXIII, página 76.—RAYNALDI, *Annales*, 1271, § 30 y siguientes.

Verdad es que la Roma cristiana, al combatir á los emperadores, no pensaba en reivindicar la libertad de los pueblos; perseguía en el terreno espiritual el mismo fin que los emperadores. También el papado estaba fatalmente impulsado á la monarquía universal, una vez poseedor de la soberanía espiritual, reconocida por el mundo cristiano; pero la soberanía, conquistadora por su naturaleza, no admite division; ¿cómo la soberanía de las almas no había de aspirar á la dominacion de los cuerpos? Si los papas no hubieran encontrado un rival en su camino, Europa habría visto reproducirse el espectáculo del Asia: hubiera gobernado los pueblos un hombre, representante de Dios, y este califato cristiano habría sido la más monstruosa de todas las monarquías universales; allí habría perecido el cristianismo, así como la libertad y las nacionalidades; se necesitó nada menos que de una lucha secular para librar á Europa de este peligro. Los Hohenstaufen, grandes como individuos, son también grandes como instrumentos escogidos por Dios para el cumplimiento de sus designios: gracias á ellos se ha librado la humanidad del peor de los despotismos, del despotismo teocrático.

Bajo este punto de vista es menester apreciar á los Hohenstaufen y sus adversarios; si miramos solamente á los hechos aparentes, no hay espectáculo más doloroso que el de la lucha desesperada de los papas contra Federico II y sus descendientes; es como una disolucion de todos los lazos sociales y morales. Fijos los ojos en el porvenir, puede la historia reconciliarse con el pasado. La historia no disculpa, ni mucho menos justifica, los hechos y los crímenes de los hombres, estén colocados en la cátedra de San Pedro ó en el trono de los Césares; pero justifica á la Providencia, y da la certidumbre de que una mano invisible preside los destinos de los pueblos así como de los individuos, y consuela á los hombres en las épocas de angustia en que el mundo parece abandonado de Dios y entregado á la fatalidad. No, no hay fatalidad: vivimos y avanzamos bajo el amparo de la Providencia: esta es la más alta leccion, la más saludable enseñanza de la historia; esta conviccion salva al hombre de la desesperacion y le da valor para luchar, con la esperanza de que Dios viene siempre en ayuda de los que combaten por los grandes intereses de la humanidad.

gullo y sin legítimo motivo (1). Verdad es que el emperador estaba sometido á la excomunion si no partía para la Tierra Santa; pero ¿no era más que un pretexto la enfermedad que alegaba? Federico hizo protestas de su sinceridad, y apeló, ante toda la cristiandad, al testimonio de Aquel que es un testigo fiel en el cielo, afirmando que tan pronto como Dios le diese salud cumpliría su voto (2); y no se limitó á esta justificacion: irritado con las malévolas insinuaciones del papa y el meloso lenguaje con que las cubría, escribió á los principes cristianos para hacerles ver lo que querían decir aquellas dulces palabras de madre que la Iglesia romana tenía siempre en los labios: "¡Se le echaba en cara la ingratitud! ¿Por qué servicios? ¿Era por haberle arrebatado desde la cuna el trono de Alemania, al cual le llamaban los juramentos prestados por los principes? ¿Era por haberle entregado el reino de Sicilia desgarrado y debilitado? ¿Era por haberse servido de él contra Oton? Lo que ha sido para mí la corte romana lo es para todos; se llama nuestra madre, nuestra nodriza, pero sus actos son los de una madrastra. ¿Qué ha hecho del conde de Tolosa? Lo ha despojado de su herencia. ¿Qué ha hecho en Inglaterra? Ha fomentado la division, sosteniendo unas veces á los barones contra el rey, otras al rey contra sus barones, hasta que Juan Sin Tierra se entregó al papa con su reino. ¿Cuál es, en definitiva, el móvil de su conducta? La ambicion y la avaricia; cubiertos con piel de oveja, los Romanos son lobos carnívoros; los legados pontificios no siembran la palabra de Dios; buscan dinero y saquean las iglesias y los monasterios, esos refugios erigidos por nuestros padres para los desgraciados. No era así la Iglesia primitiva; estaba fundada en la pobreza y en la sencillez, y entonces produjo todos esos santos que veneramos; hoy que los romanos pontifices nadan en las riquezas, que edifican sobre las riquezas, debemos temer que los muros de la Iglesia se vengán abajo por estar arruinado su fundamento." Federico dirigió á todos los principes cristianos estas

(1) *Cronica. Annatis Urspergens.* p. 37: «Hic tanquam superbus primo anno pontificatus sui cepit excommunicare Fridericum imperatorem pro causis frivolis et falsis.»

(2) TILLEMONT (*Vida de San Luis*, t. 1, p. 129) prueba con los testimonios de los contemporáneos, en cuanto estas cosas pueden probarse, que la enfermedad de Federico era real. Añade, y con mucha razon, que Federico tenía el mayor interes en no indisponerse inútilmente con el papa y con toda la cristiandad.

vivas recriminaciones: "La ambicion de Roma nos amenaza á todos; no se duerman en una confianza fatal: *Cuando se quemó la casa de tu vecino, ten cuidado de la tuya*," (1).

Federico tenía razon acusando al papa de usurpacion. El pontificado no tiene más que un objeto: el engrandecimiento de la sede de Roma; renovar la dominacion del pueblo rey, y todo lo sacrifica á estos designios, hasta los intereses de la religion. Las cosas llegaron á tal extremo, que las cruzadas, esta santa empresa de la cristiandad, fueron explotadas como armas de guerra; Gregorio había excomulgado á Federico porque no se ponía al frente de las cruzadas; el emperador declaró que estaba pronto á cumplir su voto, y pidió la absolucion; era de esperar que Gregorio se apresurase á volverle á la comunión de la Iglesia y hacer un llamamiento á la cristiandad para rescatar el sepulcro de Cristo; pues bien, el papa se negó á levantar la excomunion, y prohibió á los caballeros de Palestina que ayudasen á Federico, y llegó hasta ponerse en contacto con los infieles para sublevarlos contra el jefe temporal de la cristiandad (2); hizo más: aprovechó la ausencia de Federico para invadir sus Estados en Sicilia; y en lugar de armar á los fieles contra los Sarracenos, excitó á éstos contra un rey que combatía por la causa del cristianismo (3). Á pesar de estos obstáculos, obtuvo Federico con hábiles negociaciones lo que las cruzadas no habían podido conquistar con las armas. Los Sarracenos le entregaron á Jerusalem, y el sepulcro de Cristo fué rescatado. ¿Aplaudirá el papa esta inesperada victoria? Gregorio escribió á todos los principes cristianos para censurar la paz celebrada por Federico como "un crimen execrable que inspiraba horror y asombro," (4). Federico, inspirado por su espíritu tolerante, había consentido en dejar á los Mahometanos el templo de Salomon, reservando á los peregrinos el derecho de

(1) MATTH. PARIS, *ad a.* 1228, p. 293 y sig.—*Hist. diplomatia Friderici II*, t. III, p. 37-48.

(2) Federico acusó á Gregorio de haber escrito al Soldan induciéndolo á que no cediese en nada al emperador. Gregorio lo negó. Pero Federico pretendió tener las cartas del papa en sus manos (PETR. DE VINNIS, *Epist.* I, 21 y 30). MATTHIEU PARIS confirma el hecho de la traicion (*Hist. Maj.*, *ad a.* 1229, p. 302).

(3) Es verdad que Gregorio no fué el primer agresor; las hostilidades habían empezado sin que Federico lo supiese y contra su voluntad. Pero también es verdad que el papa explotó la ausencia de Federico y que convirtió en una guerra sagrada una guerra de venganza. Federico tenía, pues, razon en censurarle su conducta (DE VINNIS, *Epist.* I, 18).

(4) RAYNALD., *Ann. Eccl.* *ad a.* 1229, núm. 24.

visitarlo; el papa dijo que esto era una profanacion, como si el emperador hubiese dejado abierto á los infieles el sepulcro de Cristo; la historia se ha encargado de responder á las rencorosas imputaciones del papa: combates seculares y la sangre de millares de cruzados no han podido conseguir para la cristiandad un tratado tan favorable como el del impío Federico (1).

La cristiandad permaneció sorda á las acusaciones del soberano pontífice. Gregorio había traspasado los límites; léjos de participar de su indignacion contra Federico, los fieles se felicitaron de que los peregrinos pudieran visitar los Santos Lugares (2). La conciencia general se sublevó cuando se vió que el vicario de Cristo trataba como enemigo á un príncipe que había rescatado el sepulcro del Salvador: "¿Quién no ha de deplorar esta manera de obrar? exclama el *abate de Ursperg*; ¿quién no la ha de detestar? Parece un presagio horrible, una profecía de la ruina de la Iglesia!" (3). Los barones de Francia compararon á Federico con Gregorio, y vieron que el emperador censurado por la Iglesia demostraba más celo por la religion cristiana que el papa: el uno exponía su vida al servicio de Jesucristo; el otro, en lugar de ayudarlo, se aprovechaba de su ausencia para perderle y despojarle (4). El clero mismo desaprobó la cólera de Gregorio y preguntó "con qué derecho hacía la guerra á cristianos el pontífice de Roma. ¿Cómo conciliar esta conducta con las palabras de Jesucristo á San Pedro: *Envaina tu espada, porque á hierro muere quien á hierro mata?* ¿Cómo puede el papa dar su asentimiento á robos y á muertes, cuando es su mision excomulgar á los ladrones y asesinos?" (5).

(1) Los historiadores contemporáneos, RICHARD DE SAINT-GERMAIN, MATTHIEU PARIS, EL ABAD DE URSPERG, se decidieron por Federico (WILKEN, *Geschichte der Kreuzzüge*, tomo VI, página 508). Los poetas cantaron su gloria: Jerusalem y Ascalon, dice G. FIGUÉRES, el célebre trovador, han sido conquistadas sin arcos ni flechas, y con el Soldan ha hecho una gloriosa y buena paz» (*Historia literaria de Francia*, por los BENEDICTINOS, t. XVIII, p. 658).

(2) El gran maestre de la órden Teutónica, que estaba en los Santos Lugares, confiesa que no era posible obtener mejores condiciones: «Sicut Deus novit, pacem et treguam non potuit aliter stabilire» (*Historia diplomatia Friderici*, t. III, p. 102).

(3) *Chronica. Ursperg.*, p. 302.

(4) Estas son las censuras que los barones franceses dirigen al papa: «Scimus quod domino nostro Jesu Christo fideliter militavit (Fridericus), marinis et bellicis se periculis confidenter opponens. Tantum religionis in Papa non invenimus: immo qui eum debuit promovisse et Deo militantem protexisse, eum conatus est absentem confundere et nequiter supplantare.» MATTH. PARIS, *ad a.* 1239, p. 464.

(5) MATTH. PARIS, *ad a.* 1229, p. 298.

Gregorio IX se vió obligado á ceder, y el papa y el emperador se reconciliaron con sinceridad en la apariencia. Gregorio manifestó viva alegría al ver que el jefe temporal de la cristiandad entraba en el seno de los fieles, y comparó la dicha de la Iglesia con la de Ana, "que, no pudiendo soportar el alejamiento de su hijo Tobías, recorrió, en su dolor é impaciencia, todos los caminos; y al fin, cuando desde lo alto de una montaña le divisó en lontananza, su alma experimentó un gozo inexplicable. ¿Cuál no debe ser el regocijo de la Iglesia al recibir á su hijo, grande entre los grandes, que vuelve de la tierra de la division? ¿Dónde encontrará palabras para expresar su felicidad?" (1). Federico parecía también creer en una paz formal; la carta que escribió á los principes alemanes revela sentimientos de respeto y reconocimiento hácia el anciano que ocupaba el trono de San Pedro: "Se habían visto, se habían hablado; las nubes se disipaban para dar paso al sol que nuevamente debía iluminar al mundo cristiano," (2).

La buena inteligencia de Federico y Gregorio parecía realizar la utopia de la Edad Media, la unidad cristiana bajo dos jefes que condujeran de concierto al pueblo cristiano hácia el fin de su destino: "El sacerdocio y el imperio no se distinguen más que por el lenguaje; en el fondo forman un solo cuerpo, cuyo principio está en Dios; no podrían dividirse sin producir la ruina de la religion cristiana; si bien hay dos poderes, no hay más que una sola Iglesia, una sola cristiandad... Léjos de nosotros el pensamiento de que esta unidad, esta armonía de Padre é Hijo pueda romperse; creemos, al contrario, y profesamos públicamente que los dos no somos más que uno en toda la sinceridad de nuestro corazón," (3). ¿Quién creería que es Federico II el que escribe estas palabras? No ponemos en duda su sinceridad, como no dudamos de la alegría que el papa experimentó al ver restablecida la paz en el mundo cristiano; sin embargo, en el fondo, la paz no era más que una tregua: una hostilidad implacable, la de los principios, separaba al papa y al emperador; pero tienen los hombres necesidad tan profunda de union y concordia,

(1) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, *ad a.* 1230, núm. 11.

(2) PERTZ, *Leg.*, t. II, p. 275.

(3) FRIDERICI *Epist. ad Gregor.*, a. 1232: «Firmiter credimus et publice, profiteamur quod nos duo velut pater et filius unum sumus» (*Historia diplomatia Friderici*, t. IV, p. 409-411).

que en sus disensiones más furiosas les acontece á veces creer en la posibilidad de una armonía permanente: es el ideal que se abre paso á través de la dolorosa realidad, es un rayo divino que en medio de las borrascas viene á iluminar á los hombres acerca de su verdadero destino; pero estos momentos de ilusión pasan con velocidad: bien pronto vuelve á comenzar la lucha, que es fatal esta vez, porque sólo á través de los sufrimientos es como se acerca la humanidad hácia la unidad, la paz y la armonía, último término de su laboriosa carrera.

## II.

La reconciliación de Federico y Gregorio no podía ser duradera. Federico había atacado al pontificado en sus fundamentos, y no se había contentado con llamar á todos los príncipes cristianos para reunirlos contra el enemigo común, sino que había aventurado palabras que repasaban el catolicismo de la Edad Media: ¿no hacia de los tiempos primitivos del cristianismo un ideal del cual se había separado la Iglesia, con gran peligro de la religión? En este concepto, el papado debía desaparecer, como en efecto ha desaparecido después de la Reforma. En el siglo XIII no alcanzaban á tanto las previsiones del emperador y los temores del papa; pero bastaba que los sentimientos de Federico tuviesen esta tendencia, para demostrar que era un sueño la armonía y que la hostilidad estaba en la naturaleza de las cosas.

Federico pensó seriamente en reducir á los Lombardos. Por consecuencia de la larga rivalidad entre Felipe de Suabia y Oton de Sajonia, estaba debilitada y casi anulada la autoridad del imperio. Las ciudades italianas no respetaban siquiera la paz de Constanza que la victoria de Lignano había arrancado á Barbaroja; renovaron, por el contrario, su confederación, y las primeras medidas de la liga fueron actos hostiles contra Federico. Gregorio IX trató de conciliar la libertad de los Lombardos con el poder del emperador; pero aquellas tentativas de negociación debían tener mal resultado. Las ciudades lombardas eran de hecho independientes y consideraban su independencia como de derecho; Federico veía, por el contrario, en la libertad italiana un atentado á la unidad del imperio, una anarquía salvaje (1), y quería poner tér-

(1) «Juri præfetur injuria et voluntas justitiæ dominatur,

mino á esta licencia trayendo á todos los partidos del imperio á la unidad (1). El genio de la libertad y el espíritu de la monarquía romana estaban en lucha á muerte; animaba á los dos partidos un odio furioso; los Italianos declararon digno de perecer al que tuviera relaciones con el emperador y aún al que pronunciase su nombre (2). Federico, victorioso, exigió una sumisión sin límites; entonces, acordándose los Italianos de la suerte que cupo á Milan, juraron morir con las armas en la mano ántes que perecer por la opresión ó por la mano del verdugo (3).

¿Cuál fué el papel del papado en estas sangrientas divisiones? Era el aliado obligado de las ciudades italianas. Rey de Nápoles y Sicilia, si Federico hubiera dominado la Lombardia, habría sido dueño de Roma. Gregorio IX abrazó la causa de los Lombardos, y Federico se lo censuró con amargura: «Los Lombardos son súbditos rebeldes; ¿de este modo el papa protege la rebeldía contra el derecho! Los Lombardos son herejes, y el papa es su aliado! Gregorio tiene en más la libertad de los Lombardos que la causa de la cristiandad; está dispuesto á abandonar los intereses de la Tierra Santa con tal que el emperador le deje reinan en Italia», (4). Federico no veía que la independencia de las ciudades lombardas era una cuestión vital para el papa; si los Lombardos hubiesen sucumbido, el poder temporal de la santa sede, y aún el espiritual, hubiesen quedado comprometidos (5). No dejaba, pues, de tener razón Gregorio al acusar á Federico de querer dominar sobre la Iglesia. ¿En qué ha parado aquella bella armonía que debía reinan entre el emperador y el papa, estos dos jefes de la cristiandad que no deben formar más que una sola cabeza? Hé aquí que el hijo se rebela contra el padre (6), y el padre rompe con el hijo.

dum quidam Italiae populi sceptrum contemnere conantur imperii, ac libertatis cujusquam vagæ luxuriam quieti pacis imponunt et æquitati justitiæque prætulērunt. (Hist. diplomatica Friderici II, t. VI, p. 873).

(1) DE VINEIS, II, I: «Sic illud Italiae medium nostri undique viribus conculcatum, ad nostræ serenitatis obsequia, et Imperii redeat unitatem.»

(2) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 506.

(3) RAYNALDI, *Annal.*, a. 1238, núm. 69: «Malum sub clypeo, gladio vel lancea mori, vel spiculi quam laqueo, fame vel incendiis.»

(4) P. DE VINEIS, *Epist.*, I, 21.

(5) «Si los emperadores hubiesen podido establecerse en Roma, no hubiesen sido los papas más que sus capellanes.» VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. XXXVII.

(6) *Epist.* GREGOR., ap. RAYNALD., a. 1236, núm. 25: «Nonne miserabilis insanie esse cognoscitur si filius patrem conetur arguere?...»

Federico fué de nuevo excomulgado, y murió bajo el peso del anatema.

Gregorio pronunció imprecaciones terribles contra Federico, y lo entregó á Satanás el día de su muerte, absolviendo á sus súbditos de su juramento de fidelidad y prohibiéndoles que le obedecieran, declarando que le depondría. ¿Cuál era la causa de tanta cólera? Sorprende la debilidad de los motivos que Gregorio alega, cuando se lee la sentencia de excomunión: anatematiza á Federico porque impidió que el legado llenase su misión cerca de los Albigenses, porque no permitió la reparación de la iglesia de Sora, porque retiene en prisión un ciudadano romano enviado por el rey de Inglaterra á la santa sede, porque ha devastado las tierras de algunos señores que las habían puesto bajo la soberanía del papa, y por despojar iglesias y monasterios (1). Evidentemente Gregorio no se resolvió ya á emprender una nueva guerra á muerte por semejantes miserias: á decir verdad, éstos no pasan de ser pretextos; la hostilidad había sido permanente en el fondo; Federico acusó á Gregorio de haberle tendido lazos el día mismo de su reconciliación (2), y el papa no cesó de censurar al emperador su disimulo y mala fe. La armonía era imposible; la lucha necesaria, porque se trataba de ser ó no ser para el papado y para el imperio; ambos lo comprendían, y hé aquí por qué discurrieron y obraron tan apasionadamente; un cronista dice que Gregorio lanzó la excomunión en un acceso de cólera ardiente, que el furor que se apoderó del santo padre llenó de consternación y espanto á cuantos le escucharon (3); por su parte, Federico, si hemos de dar crédito á un partidario del papa, prorumpió en terribles amenazas contra la santa sede cuando le notificaron la sentencia de excomunión (4); seguro de su derecho, como el papa lo estaba del suyo, apeló á Dios para que decidiese entre él, su caballero, y el papa, su vicario.

Gregorio tenía una inmensa ventaja en esta lucha. El papa influía sobre todos los fieles y disponía de infinidad de instrumentos incoercibles para conmovier á la cristiandad, en tanto que el empe-

(1) MATTH. PARIS, a. 1230, p. 411 y siguientes.

(2) P. DE VINEIS, *Epist.*, I, 21: «Patrem semper invenimus simulantem, dum et reconciliationis die viam nostræ confusionis excogitans...»

(3) MATTH. PARIS, a. 1230, p. 411.

(4) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1230, núm. 23 y siguientes.

rador no tenía más que la fuerza de su brazo y su elevada razón. Federico trató de unir á todos los príncipes contra la santa sede, y les señaló á Gregorio como enemigo de todos los reyes, diciéndoles: «El papa, en su insaciable ambición, no aspira nada ménos que á dominar todos los reinos (1); ataca primero á la cabeza, porque, venciendo, ya le será fácil encadenar los miembros», (2). Á las ambiciosas pretensiones del soberano pontífice, el emperador opuso las máximas del Evangelio: «El que se titula servidor de los servidores de Dios, ¿es efectivamente el vicario de Cristo, el sucesor de Pedro, el humilde pescador? Cuando resucitó Jesucristo, ¿cuáles fueron los consejos que dió á sus discípulos? ¿Les dijo que tomaran las armas y el escudo para conquistar el universo? Les predicó la caridad y la paz, el abandono de los bienes de este mundo, la pobreza y la humildad; ¿son éstas las máximas que practica el pretendido vicario de Cristo? (3). El orgullo y la ambición de los pontífices romanos son la causa de todos los males que afligen á la cristiandad, que no tendrá paz ni fuerza verdadera hasta que el papa deje de mezclarse en los asuntos temporales, para ocuparse en la salvación de las almas, siguiendo el camino abierto por Jesucristo», (4).

Gregorio respondió á los cargos del emperador con imputaciones más peligrosas: «Del fondo del mar ha salido un monstruo con piés de oro, fauces de león y miembros de leopardo, y no hace más que blasfemar el nombre de Dios, atacando con la misma rabia el tabernáculo del Señor que los santos que moran en el cielo... Ántes tendió á la Iglesia lazos secretos; hoy ya se rebela abiertamente contra el Redentor del género humano», (5). ¿Cuáles fueron los crímenes que pudieron atraer sobre el emperador este torrente de injurias? El papa acusa á Federico de haber dicho que el mundo ha sido engañado por tres charlatanes, Moisés, Jesucristo y Mahoma, y de haber dicho también que son imbéciles los que creen que un Dios todopoderoso y creador del mundo ha nacido de una virgen, y que no debe creerse más que en lo que puede probarse por las leyes de las cosas y la razón

(1) MATTH. PARIS, a. 1241, p. 408.

(2) AVENTINI, *Annal. Bojor.*, VII, 5, 3-5.

(3) P. DE VINEIS, *Epist.*, I, 1.

(4) *Carta de Federico á los príncipes atemanes*, en AVENTINI, *Annal. Bojor.*, VII, 5, 3-5.

(5) MATTH. PARIS, a. 1230, p. 455 y siguientes.